

á situarse todos los pueblos del mundo conocido; y que todos los obispos, todos los sacerdotes, y hasta el soberano Pontífice, les distribuyen al mismo Dios; ¿no es verdad que tal es el símbolo más importante de la caridad cristiana?

En este sagrado, en este inmenso banquete, el salvaje, á par con el hombre civilizado, el esclavo, como el monarca, pueden decir: «Yo vivo, mas ya no soy yo quien vive en mí, sino Jesucristo es quien en mí vive:» todos pueden decir: yo soy un solo cuerpo con Jesucristo: porque todos reciben al mismo Dios, se alimentaron del mismo Dios.

¿Oh vosotros, los que soñáis una fraternidad universal; vosotros, los que ansiáis porque los hombres estén asociados por un sistema humanitario; sabed que Jesucristo ha realizado por la Eucaristía esa asociacion, esa república, que hace, no soberanos, no tiranos, sino dioses. Participad de este alimento divino, y sereis deificados, y hareis parte de esa asociacion católica, que abraza el género humano todo, y que engendra esta fraternidad universal.

¿Deseais conocer cuáles sean las condiciones de esta congregacion divina, de esta mística sociedad? Tiene por fundador á un hombre, porque habia de asociar hombres; pero como tenia que ser infalible, era menester, no un ángel, no un serafín, sino un Dios: ha sido pues menester un hombre-Dios. Es necesario á esta sociedad un rey, no un tirano, que hiciese esclavos á los hombres; un rey, que se sacrificase por éstos: pues bien, Jesucristo lo ha hecho, no desea en su reino sino hombres libres. Los demás reyes tienen una corona de hierro, y gobiernan con el poder de las bayonetas; mas Jesucristo muere en la cruz. Los reyes de la tierra recargan de impuestos á sus pueblos; el solo impuesto que Jesucristo cobra de su pueblo son unos cuantos granos de trigo, y algunos racimos de uva para perpetuar su sacrificio.

¿Sabeis lo que es, además, indispensable en una república? Una bandera que reuna á todos los miembros de su milicia. Pues bien, nuestro estandarte es la cruz que tremola sobre el humano linage: en los otros estandartes yo diviso manchas de sangre... Yo las veo tambien en el mio, pero son de la sangre de mi Dios. Es menester alimento para una familia tan numerosa, y Cristo lo dá con su misma sustancia. Menester son á un gran pueblo leyes, un código civil, una constitucion fundamental. Nuestra constitucion fundamental, nuestro código, nuestras leyes, son el Evangelio de Jesucristo nuestro Señor, comentado, interpretado por su Iglesia, quien no ha hecho á nadie jamás esclavo, siervo. Y así, el que trabaja por extender las conquistas de Jesucristo, es un misionero de la civilizacion.

Pero vosotros, los que blasfemais del cristianismo; vosotros, los que juntaís todos vuestros esfuerzos para detener el progreso de la regeneracion cristiana; vosotros sois misioneros de la barbárie. Marchemos todos bajo la misma bandera, y ya no habrá barreras de pueblo á pueblo, ya no habrá nacionalidad, ciudad, ni familia, porque la ciudad, la familia, la patria del cristiano, es el universo entero. Mas, no todos comprenden el lenguaje de la Iglesia, á pesar de hablar en todas las lenguas. Ya no se escucha sino el lenguaje del egoismo.

Queda pues demostrado, que en el sentimiento del amor divino, hay un principio, un motivo muy poderoso para el amor del prójimo.

Señoras cristianas, á vuestro corazon ha ido á buscar un refugio la caridad: vosotras habeis comprendido maravillosamente ese sagrado idioma: no habeis echado en olvido el camino que conduce á la casa del pobre; y cuando habeis ido á visitar al inválido anciano en su boardilla, y que lo habeis mullido blandamente en su lecho de dolor, ¿sabeis lo que habeis hecho? Habeis visitado al mismo Jesucristo, pues que él mismo se presentaba á vosotras en la humanidad paciente: *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.* Cuanto se hace por los miembros, se hace por la cabeza.

Ese muchacho, ese niño abandonado que habeis recogido, para quien habeis servido de madre, es nuestro Señor Jesucristo, que se os ha querido representar en esta forma enterneciente. Cuando volais á la cama de los enfermos, no solo es á un hermano, sino á un Dios á quien vais á servir.

No me habeis, pues, de beneficencia, de filantropía, ambas herejías de la caridad. Con esas palabras glaciales no se muere por el pobre, no se besan sus llagas con amor de sacrificio: se contenta, á lo más, el filántropo, con echar algunas piezas de moneda por lo alto de la cerca de su parque, y vedlo todo... Ved, pues, lo que haria el cristianismo en la tierra. Traed, pues, la caridad á vuestros corazones, y quedarán aliviadas todas las miserias: mas, con la filantropía, sin la fé, se destierra del mundo al cristianismo.

El sentimiento de nuestra dignidad es, además, un motivo muy capaz para determinarnos á los actos heróicos de la virtud.

Tres llagas crueles pudren el corazon del hombre: tenemos que combatir de continuo una triple concupiscencia, que se opone abiertamente contra nuestra regeneracion espiritual; el orgullo, la codicia, el sensualismo. Estos tres vicios nos apegan á la tierra, nos encharcan en su cieno: esnos preciso, esnos urgente salir de ese atolladero. Ahora bien; el sentimiento de nuestra gloria reconquistada

en Jesucristo, es la más poderosa palanca para arrancarnos de la tierra.

Yo supongo, pues, que esclavizados bajo la generacion de Adan, nos dejamos seducir por las falsas ilusiones del mundo. ¿Qué medio harto eficaz para disipar esos negros vapores del orgullo, que suben al entendimiento, le ofuscan, y eclipsan los rayos del sol de la verdad? Así que la ambicion se esfuerza en hacernos titubear, vamos á colocar nuestra frente cerca del trono que nos aguarda. ¿Vosotros creéis que hay algo en esta ambicion? No; solo es humo. Mirad, si no, en las cabezas de los reyes esas diademas de hierro que los abruma, y en sus manos esos cetros sin autoridad, y en el frontispicio de sus palacios soberbios, escrito por la mano del tiempo este lema: ¡Nada, nada!...

Para un Dios es necesario una gloria eterna, un trono que no titubee, un cetro que no se rompa. Levanta, pues, tu cabeza, hijo de Dios, piensa en tu destino sublime, y curarás del humano orgullo. ¿Te seduciría por ventura el egoismo brutal de la codicia?... Sí, por eso es, á fé mia, cierto que no tendrás más oro que fulano ó fulano, que pueden legar muchos millones á sus herederos. Y bien, al irse á dormir en la tumba, ¿dormirá con él ni uno de esos cuantiosos millones? Y aún cuando se amortajase con él toda esa fortuna, ¿dejaría por ello de ser parte de gusanos su cuerpo, tarde ó temprano? Cristiano, tú eres hermano de Jesucristo, apóyate en su brazo, y acuérdate, que has menester nada ménos que de la gloria de un Dios.

¿Mas serian, por ventura, viles pasiones del sensualismo las que te arrastrarian y encadenarian? Concibo yo, en efecto, que un pagano ceda á sus asaltos; pero tú, glorifica á Dios, y llévalo, y adóralo, y guárdalo en tu cuerpo. *Glorificate et portate Deum in corpore vestro*. Todo hombre lujurioso hace traicion á su dignidad: este infame atractivo nos inclina hácia la tierra: nosotros nos dejamos, empero, arrastrar en pos de él, y no miramos, que alindamos los abismos del infierno. Nos es necesario marchar, llevando en la mano la romana de la gloria; y es menester decirnos: ¡Cómo! ¡Unas cuantas gotas amargas que caen de la emponzoñada copa del placer, reemplazarian para mí esos torrentes, esos océanos inagotables de felicidad eterna!...

Todo se encuentra en esa grande expresion de caridad y amor: *Unum sumus in Christo*. Jesucristo vive en mí, Jesucristo vive en mi hermano; todos nosotros no formamos sino un solo cuerpo; debemos, pues, amarnos nosotros unos á otros, debemos respetarnos. Un lazo indisoluble une el cristiano á Jesucristo y á la adorable Tri-

nidad. Algunos han murmurado el nombre de progreso: seguidlos; ¿á dónde os llevan? Al *animalismo* más grosero, ó al más estúpido panteísmo. Pasiones y remordimientos suscitados por las pasiones: hé aquí las oscilaciones que se reparten entre sí el corazón del hombre. Pero, para el cristiano, sus esperanzas están en el cielo; y esta promesa no es un anzuelo, sino una realidad. *Sedebitis in throno meo*.

Ciegos por sus pasiones, exclaman los hombres: el catolicismo está muerto: hizo ya su tiempo: es un vestido rapado, que es menester volver del otro lado: ha hecho sin duda mucho bien á la humanidad, durante algun tiempo; pero aquesta crece demasiado, progresa mucho, le ha tomado ya la delantera, y de hoy en adelante es completamente inútil: guió sus primeros pasos; mas ya no puede seguirla... ¡El catolicismo es, pues, muerto!...

¡Mi Dios!... ¿Pero sabéis lo que decian los escribas y fariseos que negaban la divinidad de Jesucristo, cuando resucitó á Lázaro? Es menester matar á este hombre, no sea que, viéndole resucitado, las gentes crean todas que Jesús de Nazaret es Dios. ¡Insensatos! ¡Como si Jesucristo no pudiera hacer resucitar, segunda vez á Lázaro...! Pero, si vosotros mismos lo matáreis á él, él se resucitará...

Júntanse, en efecto, con el designio de perder á Jesucristo, que podría destruir la cátedra de Moisés, y comienzan á poner en ejecucion su infame conjuracion. Jesús es conducido á Caifás, de Caifás es llevado á Pilatos, de Pilatos á Herodes; lo clavan en un patíbulo, lo sepultan en un sepulcro, ponen á la boca de él una piedra enorme; y despues, poniéndose á bailar sobre ese sillar, exclaman: Está muerto, está muerto.

No, no está muerto. Apenas acaban de hablar, tiembla la tierra, Jesús se remueve en el sepulcro, la piedra vuela, sus enemigos son aterrados á derecha é izquierda, y Cristo reaparece brillante de luz y de gloria. ¿No veis en eso lo que le está sucediendo á la Iglesia en nuestros tiempos? Los escribas de nuestros dias se levantan y conspiran contra el catolicismo. Nadie hay que ignore esa palabra de Voltaire: aniquilemos... aniquilemos... no acabo la expresion.

Se les ha dejado usar de un gran poder; le han despojado de su túnica; hermosa era, hermanos míos, hermosa y bella era esa túnica; los pueblos la habian adornado de bordado y de oro: la han echado á suertes; la han puesto tambien en el sepulcro, y han cerrado su puerta con la piedra del ateísmo. Pero aún no se habia pasado aquella generacion, cuando el cristianismo salia del sepulcro, echando por tierra verdugos y blasfemos; porque Cristo es siempre el mis-

mo Cristo, porque Cristo es Dios, y que, incorporándose á la humanidad, tiene el designio de dar á esta sociedad, que se llama á sí misma cristiana, su vida inmortal, su poder contra el error, y su triunfo final, definitivo, que será tambien el de todos nosotros, hombres regenerados en nuestro Señor Jesucristo. Amen.

HOMBRE.

(BUENA VOLUNTAD DEL)

V.

Dicite pusillanimis: Confortamini.
Decid á los pusilánimes: Fortificaos.

(ISAÍ. XXXV, 4.)

Nunca debiera causaros extrañeza, hermanos míos, la predicacion de la buena voluntad, de la noble y santa voluntad, pues es cosa que conviene al hombre, y, sobre todo, á los cristianos! Sí; esta buena voluntad, el hombre la necesita, el hombre, cuya vida es tan corta y tan llena de miserias: sí; el cristiano la necesita, soldado, como es, de un Dios crucificado, aspirando tambien al cielo por la cruz. Hoy vengo en nombre de la Iglesia á hablaros de la buena voluntad, á transmitir os sus saludables consejos; vengo á tenderos una mano fraterna y á deciros: *Confortamini*; valor y confianza! Parece-me, hermanos míos, que para exhortaros mas eficazmente, será bien mostraros, primero, hasta qué punto nos es absolutamente necesaria la buena voluntad, y luego, cómo es posible; tal será el asunto y division de este discurso. Pidamos encarecidamente á la santísima Virgen, madre de Jesucristo y madre nuestra, la gracia de agradar á su divino Hijo, con la buena voluntad. A. M.

1. Ya sabeis que hay en el hombre un órgano principal donde reside el principio de la vida: es el corazon, que, habiendo recibido el impulso de la mano creadora, se mueve por sí mismo y anima to-

dos los órganos. Así, luego que late en el pecho, la boca respira, la sangre hierve, y todos los órganos funcionan; pero si llega á pararse inmóvil y helado por la muerte, entónces ya no queda en la tierra mas que un frio é inútil cadáver. Ahora bien: parece que la buena voluntad, la energía de la voluntad, es para el alma, lo que el corazon para el cuerpo: y para convencernos de ello, vamos á examinar rápida y sencillamente el resultado de dos suposiciones contrarias.

Supongamos, primero, la falta ó ausencia de buena voluntad, y luego la accion, la presencia de la misma. Vais á ver, que sin esta buena voluntad, sin la energía, sin el valor de la buena voluntad, el hombre cae en la impotencia, y que, por el contrario, con la buena voluntad, con el valor y energía de la buena voluntad, el cristiano puede elevarse hasta llegar á la omnipotencia. Nada podemos hacer sin la buena voluntad, hermanos míos. Cuando se destruye una causa, se suprimen de un mismo golpe todos sus efectos; así que, por ejemplo, nadie irá á apagar la sed en un arroyo de agotado manantial, ni á calentarse junto á un hogar extinguido. Pues bien; la buena voluntad es todo el hombre, todo el cristiano. Decidme, hermanos míos: ¿iriais á pedir alguna cosa, podriais obtener algo de un hombre sin buena voluntad? Ni él mismo puede acceder á vuestra peticion: hay en él una incapacidad absoluta.

Tal vez me preguntareis, por qué se necesita esa disposicion, por qué la buena voluntad es necesaria para toda clase de cosas. No será muy difícil contestaros: porque la fuerza, la energía, es la condicion de toda virtud. Y por si tambien me preguntaseis, por qué la fuerza, la energía y el valor son una condicion de toda especie de virtud, de toda gracia; porque, añado, es una consecuencia de nuestra condicion, de nuestro destino. De nuestra condicion, porque nuestra naturaleza está degradada; no estamos naturalmente á la altura del bien; y para levantarnos á su nivel, tenemos que esforzarnos y superar obstáculos; tenemos que hacernos superiores á nosotros mismos, tenemos que luchar y vencer. Así, pues, hermanos míos, lo digo muy alto: una gran virtud exige un gran valor; y para practicar la virtud, que recibe una corona en el cielo, es esencialmente necesaria la buena voluntad. La buena voluntad es la llave de nuestra salvacion. La buena voluntad, si no es estéril en nuestra alma, nos llevará al cielo por un camino triunfal.

Pero, si hay aquí algunas almas débiles, flojas, pusilánimes, que no tengan la energía de defenderse, ni casi el deseo de resistir, yo les diré: Puesto que no quereis arrostrar las fatigas gloriosas y fecundas de la virtud, sufrireis las estériles y fastidiosas fatigas de la

indecision y de la pusilanimidad, y en la falta irá el castigo. ¿Acaso no os cansareis de la ociosidad de vuestra alma? Si no sembráis ¿qué recogeréis? Vuestras obras no pueden sostener siquiera vuestras miradas; ¿cómo sostendrán la mirada de Dios?

Tened cuenta, hermanos míos: si no sois capaces del bien, estad ciertos de que sereis capaces del mal. Para obrar mal, no hay que hacer ningun esfuerzo; para pecar, no hay que combatir, basta ceder á la inclinacion que os arrastra. Tomad, sino, un hombre débil de corazon, de alma pusilánime; ponéle en frente de una ocasion de pecar, y puede volverse el mayor criminal, el mayor pecador; ni siquiera necesita una tentacion, porque entra en el pecado como en su elemento.

Pero dejemos esto; consideremos, hermanos míos, como con una buena y completa voluntad podemos, en efecto, á pesar de nuestra debilidad, llegar á la omnipotencia, y ser capaces de dominarlo todo. Háse dicho, que querer es poder; palabras, en parte, hermosas y verdaderas, pues es verdad, que la confianza duplica y aún centuplica las fuerzas morales del hombre. Sin embargo, no son del todo verdaderas, porque, en el orden material, nuestras fuerzas reales no responden siempre á nuestro valor; pero, en el orden de la salvacion, en la práctica de las virtudes, esas palabras son enteramente verdaderas: en todas partes, siempre, y en todo, se puede lo que se quiere. ¿Y por qué, hermanos míos? Porque en la práctica de las virtudes no contamos con nuestras propias fuerzas, sino con las mismas fuerzas de Dios. No hay que decir: «¿Cómo podré?» A vosotros no os toca buscar esa posibilidad, sino que debéis decir: Yo quiero; y Dios se encarga de lo demás; la voluntad depende de vosotros, y la posibilidad de Dios. Decid con firmeza: Yo sé que nada soy por mí mismo, pero lo puedo todo con la omnipotencia de Dios, y no me faltará su ayuda.

¿Os acordais de las santas mujeres del Evangelio, cuando fueron á visitar el sepulcro del Señor? Ellas decian por el camino: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? Las santas mujeres iban andando, y cuando llegaron al sepulcro, la piedra estaba levantada. Así, pues, carísimos hermanos, en el orden de la salvacion se puede cuanto se quiere, y, delante de Dios, se gana y se merece tanto como se quiere. Dios no mira las obras exteriores, sino solo el corazon; de modo, que una obra, al parecer comun, si se hace con la energía de la buena voluntad, adquiere un gran mérito á los ojos de Dios. Una accion mínima, hecha con una gran voluntad de agradecer á Dios, es de alto precio para el Señor. Así es, que cuando se di-

ce: «Dios mio, yo bien quisiera amarte tanto como lo mereces por tu amabilidad;» cuando se dice: «Dios mio, yo quisiera servirte por toda una eternidad;» cuando decimos eso, adquirimos un mérito infinito; porque Dios considera siempre como hecho el intento enérgico y formal. ¿No fué así, y aquí se me ofrece el más ilustre ejemplo; no fué así como la santa Virgen María acrecentó infinitamente sus méritos? Casi todas las acciones de su vida eran, al parecer, muy comunes; eran cuidados domésticos, virtudes de familia. Y porque hacia esas cosas con un corazon fervoroso, digno del corazon de su Hijo, María mereció por todos esos actos, tan insignificantes en apariencia; y tuvo más mérito, que todos los héroes de la Iglesia, que todos los mártires y todos los ángeles á la vez.

Y aún añado, hermanos míos, que la buena voluntad, que ahora os encomiendo, no solo os dará el poder, la posibilidad de hacer cuanto querais, si que tambien aumentará en vosotros cada vez más la facilidad de hacer bien. Sentado eso, hemos de aceptar á Dios ó el pecado: Dios es el bien absoluto, y el pecado el mal absoluto. Lo demás es relativo: así es, que nuestras dificultades son siempre relativas. Lo que es, por ejemplo, un peso enorme para un niño, es un juguete para un hombre. Nuestras dificultades solo son grandes porque nosotros somos débiles; pero somos débiles por ser pusilánimes. Fortaleced pues vuestra voluntad, y vereis desaparecer todas las dificultades. Eso podriais observarlo en dos hombres de situacion semejante, pero de voluntad diferente. Al uno, hombre sin voluntad, sin valor, sin energía, le vereis quejarse continuamente, gemir amargamente, agitarse en vano y perder el fruto de sus fatigas; al paso que al otro, hombre de valor y de buena voluntad, le vereis obrar con perseverancia y conseguir su objeto.

Y sin buscar otros ejemplos, ¿podriais decirme, por qué hay en vuestra alma variaciones tan súbitas y frecuentes, que se reproducen, una tras otra, en vuestra vida? Nada ha cambiado en torno vuestro, vuestra situacion es la misma, y hoy teneis que hacer lo mismo que ayer: solo vosotros habeis cambiado, es decir, vuestra voluntad. Por lo tanto, amados hermanos, procurad tener esa buena, animosa y enérgica voluntad. No seais de aquellos hombres que dicen: No puedo, no podría; sino de los que dicen resueltamente: Quiero. Acordaos de que cada uno tiene ya preparado su merecido: todos los hombres de buena voluntad irán al cielo: esta es la condicion de la felicidad: *Pax hominibus bonæ voluntatis*. Paz á los hombres de buena voluntad; y los hombres de mala voluntad irán al infierno.

2. Cuando he dicho, al principio, que la buena voluntad era posi-

ble, estoy en la persuasión, hermanos míos, de que muchos de vosotros han dicho para sí: En efecto, eso es evidente, é inútil es probarlo. Teneis razon; pero os ruego que observeis, que las cosas más evidentes en teoría, no lo son siempre igualmente en la práctica. Digo, pues, desde luego, que la buena voluntad, animosa y enérgica, es difícil; en seguida mostraré, cómo es posible. Si, es difícil, y esto por dos razones: la una personal, y la otra extraña. La causa personal, y que á todos nos afecta en igual grado, es, que naturalmente desmayamos ante los obstáculos; en la práctica del bien se apodera de nosotros el desaliento. Es muy singular; nosotros amamos y admiramos todos el valor; todos pretendemos tenerlo: dudar de nuestro valor es inferirnos la más cruel injuria; y con todo, á pesar de nuestras ínfulas de valor, todos propendemos al desaliento. Eso es increíble, sobre todo, despues de lo que Dios ha hecho por nosotros. Si; en presencia de un Dios crucificado, con la perspectiva de una dicha eterna, el menor obstáculo nos abate, como la menor contrariedad basta para desanimarnos. Si yo pudiese leer en todos los corazones que palpitan en este auditorio, hallaria, de seguro, la confirmacion de mi aserto. Además, á esa disposicion natural, hay que agregar una influencia extraña, á que todos estamos sujetos: la influencia del demonio. El demonio nos lleva sin cesar al desaliento; por otra parte, el demonio es nuestro enemigo personal; se insinua en nuestro corazon, porque sabe que allí está la vida. Al corazon, pues, asesta sus golpes; procura desanimarnos; y para alcanzar su fin, comienza, continua y acaba sus tentaciones con pasmosa habilidad. Puedo decir, sin exageracion, que el desaliento acarrea las caidas; el desaliento ocasiona la perdicion. Si el hombre no desmayase en la tentacion, no sucumbiria. Si continuase diciendo al demonio: «No quiero, » le venceria; pero si se desconcierta, si flaquea, si presenta su pecho al acero y sus manos á las esposas; si dice: «Me rindo, » queda vencido. ¡Oh! si yo pudiese inspirar al pobre pecador un poco de valor! Ahora, en el momento en que estoy hablando, lo que le mantiene en el pecado es el desaliento; pero, si yo pudiese inspirarle un poco de valor, al punto le convirtiera, del mismo modo que si pudiese inspirároslo á vosotros, que sois justos y estais en gracia de Dios, pero que, con todo, careceis de la energía de la buena voluntad; si pudiera inspiraros este valor, haria de vosotros unos santos.

Así, pues, cuando poseemos la buena voluntad, debemos defenderla de todo ataque, y debemos conservarla, aumentarla. Sobre este punto voy á proponeros un principio, que debiérais tener presente en toda ocasion, porque es cierto y verdadero, y es el siguiente: nunca,

por ninguna razon, habeis de desanimaros, porque no puede asistiros razon alguna para ello, y porque teneis mil razones para repouneros y cobrar ánimo. No, no podeis tener razon alguna para desalentaros; tendreis pretextos, sí; pero, los pretextos no son razones. Razones! el mismo demonio no podrá sugeriros las, pero no dejará de suministraros pretextos: él buscará razones aparentes en el pecado pasado. «¡Ah! ¿cómo, exclamareis; cómo, despues de tanto pecar; cómo, cuando actualmente soy tan culpable, pudiera yo llegar á mi Dios y á mi último fin?» Ciertamente, hermanos míos, miéntras vivís en el pecado, no podeis hacerlo. ¿Cómo podríais caminar ó correr, cuando llevais un peso enorme que os detiene? Sin embargo, el Apóstol nos indica un medio. Si quereis correr, desembarazaos de ese peso que os abrumba; deponedlo al pié de la cruz del Salvador; echao en brazos de un buen sacerdote, y él os ayudará, os librá de ese maldito peso, y lo arrojará al mar del olvido, de la nada. Entonces quedareis libres y aliviados, podreis andar, podreis correr por la senda que conduce á la salvacion. Tampoco ireis á buscar un pretexto en vuestras pasiones, ó, á lo ménos, no os valdreis del que el demonio podria tomar de vuestras pasiones. Vuestras pasiones...! ¡oh! no son para vosotros una imposibilidad, sino, al contrario, un medio; sí; hé aquí, verdaderamente, el carro de triunfo que debe transportaros al cielo; por medio de las pasiones, combatiéndolas, venciendo y hollándolas, adquirireis derecho de ciudadanía en el reino celeste. Por consiguiente, jamás hay razones para desalentarse: y siempre que experimentais esa impresion, viene del demonio; no es posible que proceda de Dios, quien, léjos de infundirnos desaliento, nos llama y nos presta fuerzas para volver á él.

Examinemos, pues, algunos medios prácticos de adquirir buena y animosa voluntad.

Quizás me objeten algunos, que ellos carecen de fuerza de voluntad. Si tal decís, hermanos míos, voy á defenderos de vosotros mismos, porque os desconoceis. ¿Vosotros no teneis fuerza de voluntad? ¿Vosotros no teneis valor? Dispensadme; pero teneis mucho, y mostrais muchísimo, cuando se trata de defender vuestros intereses, y aún, á veces, para satisfacer un antojo. ¿Careceis de fuerte voluntad y de valor cuando os dominan vuestras pasiones? ¡Cómo! para todo tendríais ambas cosas, ménos para ir á Dios! Las tendríais para contentar vuestros caprichos, y no para salvar vuestra alma! ¡Ah! no, no digais eso, que Dios os está oyendo. Por lo demás, voy á deciros de qué manera, si quereis, podreis adquirir valor y buena voluntad. No vayais á creer, que el valor sobrenatural y cristiano lo poseamos sin

antes adquirirlo. ¡Nó! tampoco lo poseian los santos. ¿Y qué hacian para poseerlo? Oraban. Orad, hermanos míos, y tendreis valor; orad, y tendreis buena voluntad. Así lo hicieron los apóstoles, antes tan débiles, tan desmayados: oraron, y el espíritu de fortaleza vino sobre ellos, y les revistió de las virtudes celestes. Sí, orad, y luego podreis luchar y vencer.

Por último, podeis cobrar valor, refrescándoos, por decirlo así, en las divinas ondas de los sacramentos y de la confesion. ¿No es verdad, hermanos míos, que siempre que os prosternais al pié de la cruz, inquietos, abatidos, desalentados, os levantaiis más confiados y más contentos? Preparados por la confesion, vamos á sentarnos al banquete celeste, á alimentarnos del pan de los fuertes, á cobrar nuevo vigor, nuevo valor, recibiendo aquella hostia saludable, á la que la Iglesia dice con tanta razon: *Da robur, fer auxilium*. ¡Hostia sagrada! ven pues á nuestra ayuda; danos las fuerzas necesarias para sostener los combates de esta vida. Nuestros padres, antes de correr al peligro, recibian la comunión, y volaban como héroes para vencer ó morir.

Hoy, pues, he apelado á vuestra buena voluntad, amados hermanos; he querido mostraros como es necesaria y posible, para que, no solo os convenzais de que debeis tenerla, sino de que podeis adquirirla; y desde luego querreis poseerla, y aún me complazco en creer que ya la poseeis. Conservadla, pues, y aumentadla, para que, de este modo, sigais la única senda que conduce á la morada gloriosa de la bienaventuranza eterna. Amen.

HOMBRE DE BIEN; véase: HONRADEZ.

HOMICIDIO.

Non occides.

No matarás.

(Exod. xx, 13.)

Siendo Dios, nuestro Criador y soberano Señor, el solo principio de la vida de los hombres, ha querido reservarse á sí solo el derecho de quitársela: *Ego occidam, et ego vivere faciam; percutiam, et ego sanabo* (DEUT. xxxii, 39). Bastante claro dictaba ya la razon y la naturaleza, que, nacidos los hombres para la sociedad, fuera perturbar á cada instante el orden, si cada cual de los hombres tuviera libertad de hacer morir á quien se le opusiera en sus proyectos, ó á quien no amára en su corazón. Así es, que Cain, apenas hubo dado la muerte á su hermano Abel, experimentó tan grandes remordimientos de conciencia, que se juzgó digno del más severo castigo por su mala accion: *Major est iniquitas mea quam ut veniam merear*; mi maldad es demasiado grande para que merezca perdon.

Pero, de tal modo se fué oscureciendo esta voz de la naturaleza, que ya no se hacia escuchar de corazones bárbaros y crueles: por lo que, Dios, inmediatamente despues del diluvio, volvió á representar á la vista del hombre, lo que éste no queria leer en el fondo de su corazón. Hizo, pues, é intimó á Noé y á sus hijos un mandamiento explícito, de no derramar la sangre del hombre, á quien habia criado á imágen y semejanza suya. Moisés reiteró este mismo precepto á los israelitas, de parte de Dios; y nuestro Señor Jesucristo lo ha inculcado y confirmado aún más solemnemente en su Evangelio.

Causaba tal horror este crimen en la primitiva Iglesia, que los que habian cometido homicidio voluntario, estaban obligados á pasar toda su vida en pública penitencia; y solo se les admitia á la comunión al fin de ella, instando la muerte. Aún cuando en la nueva disciplina, la Iglesia no impone penas tan dilatadas, mira, sin embargo, este crimen como el más enorme, ó uno de los más enormes que se pueden cometer.

En una palabra, todas las leyes, ora divinas, ora humanas, están concordes en castigar este delito con las más graves penas.